

# PETER HANDKE, SUS UMBRALES Y MERODEOS; LAS POSICIONES DESCENTRADAS

Viena, con el Danubio, ha congregado hitos culturales de primera magnitud (especialmente en la transición al siglo recién culminado), Austria en cambio, se encadena a neutralidad y a país de grandes esquiadores y escasas montañas, tan solo al oeste.

El imperio habsbúrguico se valió del Danubio para aglutinar tierras y etnias. Mitteleuropa segregó un culto de reconocimiento al idioma alemán, lengua *koiné* o *lingua franca* de la cultura centroeuropea. Fue la consecuencia merecida a su centralidad, en épocas bifocal y compartida con Prusia, aunque más tarde acabarían Viena y Austria expulsadas a una posición lateral.

En el área lingüística común, las creaciones culturales austríacas representarían el *pathos* de lo alemán: demasiados nombres judíos en un teatro, música, literatura, arte y psicología siempre en el filo de la historia y a sus puertas, *extracivitas*, el “limes” fluctuando desde los romanos pero delimitando al imperio y a los bárbaros (turcos y eslavos). Detrás, siempre Alemania.

Los ejes fluviales del Rin y el Danubio, y su trazo en diagonal sobre Europa han determinado, por la resonante titularidad de sus cauces, la hegemonía toponímica y simbólica en len-

gua alemana, y su disposición expansionista.

Mientras el Danubio busca a diferentes ritmos el Mar Negro en el que extinguirse, y va aboliendo fronteras esperando ser cantado y escrito -un gran civilizador-, otro tipo de circunstancias fronterizas afectan a la región de Carintia, al sur de Austria, más modesta, más replegada a un ámbito concreto.

La región de Carintia es región fronteriza y divisoria idiomática, y se habla un residual esloveno. Es por tanto un espacio de transición, un umbral.

Es un territorio en el que se ensambla Italia, Austria y Eslovenia, un altiplano desde el que se puede divisar el Adriático. Es el Karst (los italianos lo llaman Carso) un lugar para devotos (para caminantes como nuestro autor, el gran claro del bosque), espacio escondido a pesar de su situación, pero recorrido por leyendas y gestas. Lugar idóneo para fantasear genealogías y concebir mitos, para buscar un lecho de confortabilidad a la existencia. George Kopal, el hermano del protagonista en *La repetición*, opta por reconocer una ascendencia legendaria, y por otra nacionalidad e idioma. Igual que un tío materno del propio Handke. Además Kopal en el otro idioma significa fronterizo o el espacio que queda entre las dos piernas abiertas.

Un ensayo que se propusiera bucear en el sentido del espacio de Handke no debería omitir el Karst, sino al contrario, concederle la prioridad de un segundo o un tercer círculo concéntrico en la vivencialización y representación del espacio, como rastro empírico menos que como condición imaginaria, simbólica y afectiva, al actuar como zona intermedia entre la apertura luminosa mediterránea y las concentraciones nubosas austríacas.

Y este empeño tendría que proponerse aun antes de dilucidar las características que deben separar conceptos como espacio, lugar o paisaje, o de tratar de discernir sobre la obsesión del escritor por los puntos cardinales.

El austríaco Handke que duplica de alemán la figura paterna -por su padre y por su padrastro-, del lado materno conecta con el otro idioma, con el esloveno, y también con una geografía rural de pequeños pueblos y observaciones sobre minúsculos acontecimientos y extraordinarias visiones.

Los reducidos desplazamientos campestres que realizaba de niño, alumbraron una experiencia del espacio por el que éste se sujetaba a zonas de influencia y sentimientos, unas veces de pertenencia y otras de mera vecindad, aunque entre ambas aparecieran los intersticios, una cierta nada, el vacío; eran ámbitos dominados por el distinto repicar de las campanas de las aldeas próximas, que terminaron por sugerir el rango elevado de lugar. Un dominio en el que se ve con naturalidad el apego secular y vernáculo a cuentos y leyendas. Son unos espacios imbricados por narraciones (Handke se pone como meta narrar el espacio), en el que es posible escuchar el idioma de la tierra y donde resuena toda la fuerza prístina del lugar.

Trieste está en el ángulo del Adriático que se adivina en días de aire diáfano desde el Karst; fue puerto de los Habsburgos y tiene renombre en la historia.

Los triestinos, aunque italianos, miran de reojo al área lingüística alemana (muy pocos kilómetros los separan). Los que perseveran en la mirada acaban en germanistas. Nostalgia de fasto, de imperio, de civilización. Antes Roma, luego Austria, entremedio sacrosimperios y repúblicas serenísimas. Ganas de unidad, orden, cohesión; todo el resplandor del centro y de la geometría de cristal.

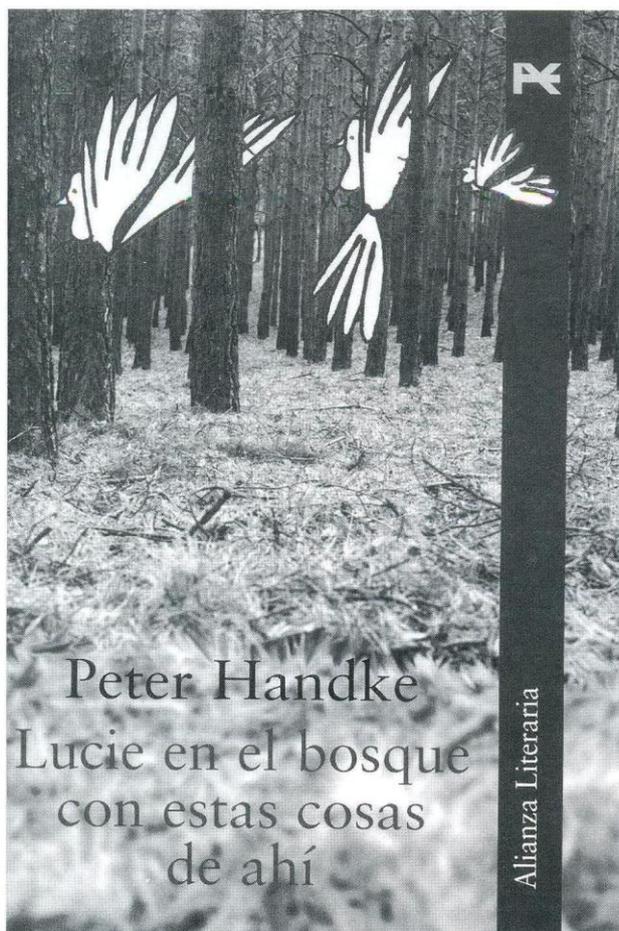
No es difícil imaginar a uno de esos germanistas de procedencia italiana, a un Magris por



ejemplo, inmerso en actividades de erudición, a través de la preeminencia concedida a la visión (visión recopiladora y en testimonios fehaciente) que ha decidido seguir el curso del Danubio en la gran barcaza de la cultura alemana, con un estilo que no es propiamente alemán ni austríaco, mientras va narrando al flujo de lo que está por venir todo lo que va compareciendo ante su mirada notarial. La progresión física abastece de sensaciones, impulsa la imaginación y forma juicios, fusionando geografía, historia y narración gracias al moroso discurrir del Danubio, a un ras de lo evidente. Tal vez Magris, por cómo ha acometido ese viaje, no haya entendido la *cultura* alemana por estar influido por la idea de *civilización*, que es francesa y romana. Todo un modelo literario, pero también una poderosa sugestión por la historia, desde un academicismo imaginativo irreprochable.

La región de Handke no está atravesada por el opulento Danubio; a lo más, por ríos de humildad demostrada.

Este escritor influido en su cotidianidad y escritura por múltiples sonidos: matraqueos, traqueteos, tamborileos, siseos, zumbidos, estruendos, tableteos o gorgoteos, y de toda



suerte de artilugios que los producen, como máquinas tocadiscos (cuando los sonidos provienen del avance de la aguja hacia el disco seleccionado, antes del encuentro definitivo que los apaga), aviones, hormigoneras y neveras siseantes, aguza sus oídos para escuchar, por retroactividad y hondamente, lo ya advenido, instalado y estratificado; los débiles rumores de los ríos anónimos y subterráneos; la oculta irrigación de la tierra o, mejor, del mundo.

Su geografía es de otro plano, de la que simplemente sirve para dar cuerpo al lugar o espacio, al estar éstos vestidos de alma y posibilidad de experiencia; por tanto, de energía.

Su vocación por el merodeo, aparte de reportarle el inevitable cariz de sospechoso le sitúa siempre a las afueras de las ciudades y pueblos, donde terminan las líneas de autobuses y las colonias, y comienza el bosque.

Los lugares de periferia y transición, los umbrales, son los que le inspiran.

En Berlín subía a las pequeñas lomas (a las naturales, no a las que se elevaron por el depósito de cascotes en la posguerra) para escuchar el gorgoteo de los ríos subterráneos, tratando de adivinar sus ramificaciones y disposición enmarañada.

Esos cursos secretos apelan a otro tiempo, no lineal ni sucesivo -¡cuán lejos el Danubio! ¡qué fuera la historia!- sino a una simultaneidad que erosiona la percepción del tiempo hasta confinarla a la categoría de lo abstracto, de lo eterno y sin historia, o del tiempo que con su sustancia (como diría Borges) envuelve el lugar, siendo ese tiempo pasivo y de cualidad secundaria.

Nos acercamos así a un espacio temporalizado, en el que el recuerdo estrechamente vinculado al lugar no es actividad tan sólo rememorativa, sino captación de la fuerza de ese lugar, como si fuera primera nueva experiencia y posibilidad inventiva (un umbral temporal). El recuerdo debe volver al espacio que lo formó y albergó, y desde él proyectarse en nuevas virtualidades (heurísticas).

El escritor, prófugo de tantas tesis y con singular ahínco de la determinante, la de la historia, vive su propia vida en el nomadismo, en la búsqueda de lugar, aunque su paisaje sea el verde austríaco. ¡Él te invoca siempre, verde de la clara identificación!

Varios títulos de su obra, *Por los pueblos*, *La ausencia*, *El juego de las preguntas*, *La repetición* o *Carta breve para un largo adiós* desarrollan la idea de la formación personal, la búsqueda o el destino, vinculados a los viajes, a unos viajes que consisten en la traslación por difusos escenarios de la geografía. A la que a veces evoca en sus conceptos más elementales por esa tendencia suya a alterar, según decida, los conceptos por sus cualidades descritas o al revés, trastocando su función en el lenguaje. Las direcciones de los viajes resultan de esta manera orientadas al norte, sur, este y oeste, y algunas posiciones son perfectamente descritas por “abajo” o “arriba”. Tan fácil y como en un sueño, cuatro personajes dan la vuelta al mundo caminando.

Cuando mitologice se referirá al “Gran Norte”.

Hace muchos años que el escritor renunció a ser hijo de su época. Por su vida personal

no sólo no ve motivos para sentirse determinado por la historia, sino que alardea de no tenerla: nada hubo en sus antepasados, él es de un pequeño pueblo de Carintia, su niñez fue lo importante y cree cada vez más en la tradición, que se supone va siendo derogada por la historia, unidas por una relación de exclusión y suplantación.

Un desdén por la historia que recuerda al del patriarca Jünger, pero en éste por ser hijo de todas las épocas y estar poderosamente impregnado por su espíritu.

Los viajes o acontecimientos narrados por Handke casi siempre se salen de la historia pero también del espacio en que aquella interviene, sus escenarios son sólo parajes de la imaginación y la forma de la que se nutre son los cuentos, los mitos y los sueños.

Esto hace pensar en una narratividad de la imaginación que estuviera ya inscrita como “texto original en la naturaleza” y cuyos rasgos aparecieran inducidos en las formas de la transmisión oral: en cuentos, leyendas, representaciones dramáticas o religiosas, pero así mismo en el gran paradigma de la tradición clásica.

El autor conoce muy bien a los clásicos y los traduce. También los toma como modelo. Tucídides le brindó, con ocasión de *Historia de niños*, las claves para resolver los problemas temporales que presentaba aquel libro. Porque las guerras del Peloponeso abarcaron muchos más periodos.

Todo el peso de la tradición resuena en él haciéndole incurrir en piezas dramáticas que albergan exhortaciones de epopeya, diálogos larguísimos y trasposiciones de motivos e inspiraciones que, entrecruzados por detalles sobre lo más obvio y rutinario, consagran al flujo de la palabra como torrente omnicomprendido y a aquella en autora única de lo creado. Así se logra que las imágenes dialoguen, naufragadas las razones en el mar tumultuoso pero fecundo del lenguaje.

Otra imputación de lateralidad y merodeo.

En los ensayos, apartados de sus objetos más usuales y que lo mismo versan sobre el *juke-box* que sobre el día logrado o el cansancio, el escritor relata su preparación, su ambiente, las indagaciones a cuenta del propósito; uno lo lleva a cabo en Soria, otro en Linares (Jaén), en todos ellos se filtra el presente para ser narrado.

Así, todo lo que aprisionaban sus sentidos se convertía para él en texto narrativo, aboliendo las distancias entre impresión e imaginación, entre reflexión y narración. El pensamiento reducible a narración. Sobreabundancia de imágenes del presente, formando oraciones simples sorpresivas e innecesarias, una formación de frases que ansiaban sucederse en relato.

Entonces establecía un ritmo: el propio de la fantasía “que a todo le da calor”.

El escritor cuando acude al ensayo -lo ha dejado dicho en *Ensayo sobre un día logrado*- busca narrar una idea que no se presenta como imagen sino como luz, que estimula los sentidos y los une.

Un poco más arriba, el principio de termodinámica que afecta a la fantasía, reciente el tropismo de la luz, al final reglas inconvenientes para el sujeto de quien se espera se ejercite en las reglas que rigen los juicios, la crítica o cualquier elaboración intelectual y no en las leyes de la naturaleza, pero que él sabe contienen al gran espíritu de las metáforas.

A partir de esa obediencia enciende el lenguaje con todos los artificios luminosos, con sus destellos de fiesta y excepción, mostrando las ocurrencias de los niños, de gente sin época, de autistas y epigonales, de personas absurdas y en todo momento inauditas y de individuos que huyeran a la realidad exultante de libros y tradiciones, aunque en ellos fueran función u otra abstracción: “el aguafiestas”, “uno que mira desde el muro”, “el soldado”... Se pueden reconocer todos los hablas y todos los relatos, se ha ampliado el material narrativo.

Por fin podemos considerar a la realidad de felizmente inacabada y provista de vacíos, separaciones e intersticios por donde penetra el misterio, la conjetura y la impresión viva, que son los elementos de la resonancia.

El escritor poetiza la falta, el hiato, lo intermedio, los vanos... consagrándose a los valores del descentramiento, de la lateralidad y la transición, del espacio fronterizo y la zona sombreada; la imagen resumen es propia del cine europeo: el autobús que en el área suburbial llega al final del trayecto y del que desciende su único ocupante. La historia no empezaría así, sino que así concluiría.

El escritor es imprescindible para cruzar al nuevo milenio.